

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por seis id. . . . . 21 »  
 Por un año. . . . . 40 »  
 Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION,  
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

# GIL BLAS

(SEGUNDA EPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-  
 tracion. . . . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 28 »  
 Un año id. . . . . 50 »  
 ESTRANJERO, tres meses. . . . . 30 »  
 ULTRAMAR, un año. . . . . 6 pesos.  
 Se suscribe en la Habana:—Propaganda lite-  
 raria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION,  
 Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

## ADVERTENCIA.

El número próximo es el destinado al Carnaval.

Las caricaturas empiezan por una gran fantasmagoría diabólico-carnavalesca, y terminan por los disfraces de las señoras que concurren á Capellanes.

## LO QUE CORRE POR AHÍ.

No somos nada. Si alguna ilusion pide permiso para entrar en vuestra cabeza, hacédme el favor de no abrirle la puerta. ¡La gloria! ¿Habeis soñado con la gloria, almas españolas y contribuyentes? Pues oid este párrafo de mi amiga *La Correspondencia*:

«En el escaparate del establecimiento del florista Elías se hallan expuestas cinco elegantes coronas, tres de laurel y dos de rosas, destinadas á los artistas que toman parte en la funcion que se hace el martes en el teatro Real á beneficio de los pobres de tres parroquias.»

El florista Elías, al exponer sus coronas, no ha hecho más que seguir la corriente de las exposiciones: lo peor es que al exponer su trabajo, ha expuesto tambien la gloria á las risas de los transeuntes.

No cabe duda: son cinco coronas; deben ser cinco los cantantes:—á corona por garganta.

Dilema: ó los cantantes han dado ya pruebas de merecer las coronas, en cuyo caso es tarde para coronarlos, ó se ignora si las merecen, en cuyo caso es temprano para ofrecerlas.

Ignoro si en la prevision del florista Elías cabe este dilema. Si lo resuelve merece otra corona,—y serán seis.

Pero quiero ponerme de parte del florista: las coronas se dan en recompensa á la generosidad de los cantantes que trabajan para los pobres de tres parroquias.

En este caso tendremos que coronar á medio Madrid, y no véo la razon de negar una corona al que da limosna de un duro para arriba.

Sobre todo al empresario. Y si la reclama el apun- tador, tambien será justo dársela, porque aquella noche apunta para los pobres.

La exposicion del florista Elías ofrece otra ventaja: la de que los mismos coronados puedan ver en la calle de la Montera el premio destinado por los pobres de tres parroquias á coronar sus cinco gargantas.

Supongamos que dos de esos señores se acercan al escaparate.

—Mira tu corona, dice uno, es de laurel.

—No me gustan las cintas. Las hubiera preferido de otro color.

—Pues la mia es preciosa. ¡Cómo va á latir mi co- razon cuando me la echen!

—Yo sentiré no estar bien de voz esa noche.

—¡Qué importa! Ya está hecho el gasto, y la corona caerá á tus plantas, aunque sueltes un terrible gallo.

Mientras este diálogo puede tener lugar en la calle

de la Montera, frente al escaparate del florista Elías, un caballerito se acerca en el teatro á una de las tí- ples, y le dice:

—He visto la corona que van á echar á Vd. el martes, y tiene unas rosas muy bonitas; no les falta más que perfume.

—¿De veras?

—Sí señora.

—¿Y sabe Vd. desde dónde me la echarán?

—Presumo que del palco de...

—Cuidaré de estar cerca para recogerla antes que algun imprudente la pise.

Después de esto solo falta que al ir á dar la señal para que se alce el telon, diga el director de escena:

—¡Todavía no! ¡Todavía no! Esperad un momento á que lleguen las coronas.

—Es que el publico se impacienta.

—Que tenga paciencia el público... Todo el mundo sabe que hay coronas, y si no se echan á tiempo, va á suceder un cataclismo. ¡Buena se pondría la *prima donna*!

—Aquí llegan las coronas.

—¿Están ahí las coronas? Contadlas.

—Una, dos, tres,—de laurel; cuatro, cinco,—de rosas.

—Perfectamente. ¡Arriba el telon!

Aquí tienen Vds. una parte de eso que se llama gloria,—vista por dentro.

Yo me coronó, tú te coronas, aquel se corona,— todos nos coronamos.

Figuraos que á última hora, por cualquier incidente, se cambia la funcion.

Los cantantes destinados á las coronas se quedarían con la boca abierta mirando cómo el público, lleno de entusiasmo, coronaba á sus rivales.

—¡Fuera esas cintas! ¡Esta corona no es ya para Naudin, sino para Fraschini! ¡Que se cambie el nombre, corriendo!

Dejo á vuestra consideracion el efecto que hará en los cantantes que pensaban ser coronados, el ver que otros se llevan los aplausos, los bravos, las bendiciones de los pobres de tres parroquias, y las coronas del florista Elías.

A mi mismo me llevarian los demonios, y eso que estoy acostumbrado á cosas más extraordinarias, como por ejemplo, á considerar que el Sr. Piquer ha fundado un liceo, le ha dado su nombre, lo dirige por derecho de conquista,—y lo disfruta con los socios sus amigos.

Pensando de buena fé, el florista Elías ha tenido una idea magna, sublime, fenomenal.

Nunca han estado las coronas de flores tan expuestas como en su escaparate.

No dudo que se lo agradecerán desde el fondo del corazon los pobres de tres parroquias; pero la gloria tiene más de un motivo para estar de mal humor.

—Pues mire Vd., caballero, las coronas de flores no tienen precio, me decia ayer un señor.

—¿Por qué?

—Porque son hijas de un sentimiento espontáneo.

—¡Ah! Sí, espontáneo... con premeditacion y ensa- ñamiento.

Luis Rivera.

## EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

### VIII.

De buena gana elogiaria yo el cuadro de *los dos caudillos* (81), siquiera por singularizarme; pero tranquilizaos: á tanto no llega mi audacia.

Si afirmo que la obra me parece mala, todavía no digo la mitad de lo que pienso. Y sin embargo, me duele derramar una gota más en el cáliz de amargura que la crítica y el público han ofrecido al autor, irritados por su decadencia y por la decadencia de otros. Como aquel paje á quien solian propinar los azotes merecidos por su amo, el Sr. Casado (que hasta hoy no podia quejarse de la suerte), ha pagado de una vez todas sus culpas... y parte de las ajenas.

Por desgracia, el cuadro de *los dos caudillos* justifica el rigor con que se le ha tratado. La composicion es vulgar, el dibujo débil y las figuras feas hasta dejárselo de sobra. Ya que el lienzo va camino de Paris, no seré yo quien lo analice de memoria: al que huye puente de plata, dice un adagio.—Sin embargo, teniendo las manos en la masa indicaré al Sr. Casado que para meditar sobre la miseria humana no es el mejor reclinatorio el arzon de un caballo espantadizo; que los corceles del siglo XVI, según los datos más fidedignos, no gastaban aquellos pi- sones de empedrador que lleva por cascos el bridon de Gonzalo Hernandez; que el cadáver de un caudillo francés puede inspirar toda la compasion imaginable, sin tener la pierna torcida como un arco de violin; y finalmente, que un hombre, aunque sea el Gran Capitan, nunca está autorizado para andar por el mundo con aquellas narices.

Dicho esto, pasemos á otra cosa.

Una de las trasformaciones más inesperadas que nos ha ofrecido la Exposicion actual (tan fecunda en trasfor- maciones) es la del Sr. Castellano. De la *Muerte de Velarde* á la *Prision de Valenzuela* (88) hay un buen trecho de mal camino recorrido en dos años por un pintor cuya edad no daba esperanzas de cambio tan feliz. ¡Bra- vo! Ved ahí uno de los pocos milagros obrados por la crítica. Dios mantenga en su buen propósito al pintor convertido.

El Sr. Torrás nos presenta una *Sacra familia* (400) dibujada sin vigor, pero pintada con acierto. La ménos feliz de sus cinco figuras es por desgracia la principal: el niño tiene la cabeza enorme y el cuerpo raquítico. Cuando el Sr. Torrás maneje el lápiz como el pincel, será un excelente pintor. Solo deseo que llegue pronto ese dia.

El jurado ha concedido al Sr. Closas una mención honorífica por su *Maria Stuard* (91), y yo digo: *Amen*. Pero ya que esas distinciones han llegado hasta el *David* del Sr. Martinez Pozo y *La Civilizacion* del señor Giuliani, ¿cómo se han quedado en blanco la *Santa Casilda* de Mérida y el *Carlos V* de Garcia Vilamala? (181) —No os vendo por bueno el cuadro del jóven pintor catalán. Pero con todos sus defectos, aun ha de agradaros más que otros incluidos en la propuesta del jurado.

¿Pensais que lo digo por el de Rodriguez Losada? Pues os equivocais.—La *Colecta para enterrar el cadáver de D. Alvaro de Luna* (363) será cuanto gustéis ménos una obra de rutina ó un cuadro de receta. Aquel lienzo deja en el alma una impresion desagradable, pero profunda. En la ejecucion hay cosas valientes y desatinos garra- fales. Libreme Dios de presentar como modelo á los principiantes la dureza de aquel pincel que todo lo ligni- fica. Pero, en fin, esa minuciosidad de detalle requiere siempre más paciencia, más estudio, más observacion del natural, que la franqueza de algunos cuya tarea se

reduce, de ordinario, á indicar con un brochazo la sombra y con una pincelada el claro de cada figura.

El *Sueño de un médico* (383) referido por Sabater (don Vicente) quita el deseo de cultivar la ciencia de Hipócrates; y la *Entrada de una iglesia* (380) pintada por Sabater (don Manuel) da ganas de buscar la salida de la Exposición.

Los países de esta sala (que no son pocos ni buenos) pueden dividirse en dos clases, á saber: duros y blandos.

A la segunda categoría pertenecen las dos *marinas* de Monleon (274, 267) y los dos *barrancos* de Alfaro (5, 6).

A la primera corresponden las dos arboledas de Izurza, copiadas por Perez de Castro (326, 327), y las dos vistas de Mallorca pintadas por O'Neill (312, 313).

El Sr. O'Neill es el único pintor á quien favorece la humedad de las paredes, que tantos lienzos ha estropeado. Sobre el primero de los suyos se extiende una costra de moho que ha suavizado los contornos, esfumado las tintas y armonizado los tonos. Gracias á ella el cuadro ha ganado, temporalmente, un ciento por ciento, y á estas horas no parece hermano de su incólume compañero. Lástima da pensar que han de limpiarlo.

Los dos países de Carbou (71, 72) y los dos de Araujo (22, 23), podrian llevar una misma firma sin que nadie lo extrañara: cuando más, se diría que en alguno de ellos estuvo ménos feliz el autor. Los discípulos de Haes se pasan la vida tratando de imitar al maestro, mientras el maestro solo trata de imitar á la naturaleza.

La madre de Santa Genoveva (105) pintada por el señor Diaz y Sanchez, es una figura movida con mucha gracia: no diré lo mismo de su hija, que en punto á gracia tiene que contentarse con la de Dios.

Bajando un poco la vista vereis dos retratos de Palmaroli (314, 315), que son sin disputa los mejores de la Exposición. ¡Qué expresion en el uno! ¡Qué gallardía en el otro! ¡Qué elegancia en los dos!

El *Sermon en la capilla Sixtina* (316) (que á estas horas va camino de Paris), no tiene rival en su género. Por la índole de su asunto, ha tenido el artista que vencer en él terribles obstáculos. En primer lugar la obra es un *interior*, y ¡qué interior! A la dificultad de dar espacio y ambiente al cuadro se agregaba otra de mayor importancia. Copiar con acierto y exactitud el tono de tres paredes embadurnadas de cal por la escoba de un albañil, ya es cosa seria; pero la gravedad del caso sube de punto cuando en lugar de tres muros blancos se tropieza con tres páginas monumentales escritas por el Perugino, por el Ghirlandajo, por Lucas Signorelli, por Miguel Angel. Para reproducir tales maravillas no basta el pincel de un escenógrafo: es menester el corazón de un artista y la mano de un maestro.

¿Os parece árdua la empresa? Pues algo falta todavía. Falta agrupar... digo poco; falta *alinearse* en dobles hileras laterales un centenar de figuras vivas; y sin olvidar la gravedad del sacro colegio, el decoro de la corte pontificia, el recogimiento propio de un acto religioso pre-

sidido por el jefe de la Iglesia, dar expresion á los rostros, movimiento á los cuerpos, variedad á las actitudes de aquel auditorio, que escucha silencioso, inmóvil y abstraído las monótonas cláusulas de un sermón doctrinal.

Todo eso ha hecho Palmaroli del modo más natural y sencillo que puede imaginarse. Hablaros del color, de la entonacion, del ambiente, de las distancias, del hueco que hay en su cuadro, sería proceder en infinito. La obra es perfecta y la perfeccion no se explica fácilmente. En vez de daros un análisis, os referiré un caso sucedido.

El día 15, mientras los carpinteros encajonaban los cuadros destinados á la Exposición universal, un espectador consideraba extático la obra de Palmaroli, aprovechando los escasos momentos que le quedaban para admirarla. Al cabo, cansado de verla resumió sus reflexiones en estas pocas palabras:—No hay que darle vueltas; es un prodigio.

Ahora solo falta decir que aquel panegirico, tan honroso para quien lo tributaba como para quien lo merecia, salia de los labios de Gonzalvo. Buscad, si podeis, un juez más competente, un voto más leal y un elogio más grande.

Federico Balart.

## SONETOS FILOSÓFICOS.

### I.

Otros envidien el dorado sòlio  
donde el poder reside soberano,  
ó del guerrero la robusta mano  
que le puede elevar al Capitolio.

Envidie un erudito el raro infòlio  
que otro heredó de un fraile franciscano;  
y el pobre que fortuna buscó en vano  
envidie á los que medran del espolio.

Yo, que al pisar del mundo los umbrales  
ni soñé con los láuros de Belona,  
ni tuve mas herencia que mis males:

Envidio solamente á la persona  
que digiere el cubierto de ocho reales  
que sirven en la fonda de Perona.

### II.

Al bosque me llevó mi fantasia,  
y en su fondo erizado de retamas  
hallé un gigante pino, cuyas ramas  
eclipsaban la luz del medio dia.

Su viejo hendido tronco parecia  
reptil informe de ásperas escamas,  
y su copa volcán de verdes llamas  
que sobre tierra y aire se extendia.

Bajo su dulce sombra reclinado  
en los goces pensé de la existencia,  
y en la felicidad que va á su lado;

Recordé de los años la sentencia;  
até al pino un cordón bien ensebado,  
y... ¡no me estrangulé por indolencia!

hijo no puede ser hija, y si es hija entonces no era hijo, y mi mujer, mi suegra, el comadron, la criada y yo hemos hecho el oso. También puede haberse equivocado la nodriza; pero no es ella la que lo viste y lo desnuda diariamente? ¿Cómo diablos puede engañarse? La nodriza no se engaña, luego es hija; y si es hija, ¿dónde tuvieron los ojos los vecinos de esta casa? Esto es un mar de confusiones. Es preciso tomar un partido. Vamos por partes. Llamemos á la suegra.

Y Joaquin empezó á dar gritos llamando á doña Ramona, la cual se presentó en escena con las manos ensangrentadas, y un paño de la cocina al hombro.

—¡Horror! exclamó Joaquin; ¿qué trae Vd. en las manos? ¿Sangre?

—Hombre, estaba matando una gallina para hacerle caldo á tu mujer, y como me has llamado con tanta prisa...

—Límpiese Vd. las manos y présteme atencion.

—Ya te escucho.

—Señora, Vd. ha visto grandes cosas, ¿no es verdad?

—Hombre, sí; he visto el eclipse del sol de 1860, la silba del *Procónsul* y la entrada del ejército de Africa.

—No se trata de eso.

—Explicáte, Joaquin.

—Sígame Vd. á la cocina.

—Vamos allá.

### III.

Ver de lejos la dicha; codiciarla;

darle caza por fin, y poseerla;

no vivir con el miedo de perderla;

morirse con el ansia de gozarla.

Dar cuerpo á una ilusion, acariciarla,

y un instante despues aborrecerla;

luchar con la desgracia y no vencerla;

sentir perpétua sed, y no apagarla.

Llamarse racional, y á veces serlo;

y quizá alguna vez serlo y sentirlo,

ser libre, ó ser esclavo sin quererlo;

Tolerar que un malsin le suelte el mirlo,

lo hace un hombre cualquiera sin saberlo,

y una mujer cualquiera sin decirlo.

M. del Palacio.

## MURMULLOS.

—¿En qué consiste que no se entiende la comedia estrenada en Novedades?

—En que cómo es de magia, el autor ha escamoteado el argumento.

Dos hombres del pueblo, sin duda repartidores de periódicos, leian ayer en el cartel de Novedades:

«LA ESPADA DE SANTANÁS.»

—Esa debe ser *La Correspondencia*, dijo el más sabio de los dos.

El teatro es efectivamente la escuela de las costumbres y los melodramas son una gran cosa.

¡Lo que se aprende viéndolos!

Un jóven elegante, á quien conoce todo Madrid, tiene cuentas pendientes con su sastre desde la primera levita.

Cansado el industrial de esperar, fué una de estas mananas á verlé.

—Vuélvase Vd. por ahí, le dijo el jóven.

—No, señor, ya estoy harto de esperar, y no me voy de aquí sin que Vd. me pague. Es necesario que acabemos de una vez.

—¿Que acabemos? preguntó el jóven tomando una actitud trágica.

—Sí señor.

—Pues bien, será Vd. complacido; y sacando dos pistolas de su cajon... tome Vd. la suya, añadió... á la una... á las dos...

—¿Qué va Vd. á hacer?

—¿No quiere Vd. que acabemos?

Por castigar á su mujer, decia de ella un marido la otra noche en cierta tertulia de confianza:

—Entre pintura, miriñaques, pelo postizo y algodonnes, no hay quien conozca á mi cara mitad.

—Pero, señora, añadió otro, segun su marido, en usted nada es natural.

—¿Nada? ¿Y mis hijos, caballero?

Joaquin cogió á doña Ramona de la mano, la condujo á la cocina, y se paró delante de la gallina, que estaba tendida en el suelo.

—Eso es una gallina, segun su opinion de Vd., ¿no es cierto, mi querida suegra?

—Segun mi opinion y la de todo el mundo.

—¿Ha visto Vd. alguna vez que una gallina se vuelva gallo?

—Jamás.

—Pues esa es la cuestion,

—No te entiendo.

—¿Está Vd. segura de que mi hijo es mi hijo? No me explico bien. ¿Vió Vd. á mi hijo cuando nació?

—¿Pues no lo habia de ver?

—¿Era varon?

—¡Vaya si lo era!

—¿Y ha visto Vd. alguna vez que un varon se vuelva hembra?

—Vamos, estás loco.

—Es decir que Vd. asegura, afirma y corrobora ante Dios y los hombres, que mi hijo es varon y no hembra.

—¿Pues no lo he de jurar?

—La nodriza dice lo contrario.

—¿Es posible?

—La nodriza dice que es una niña.

—Pues la nodriza se equivoca con todos sus cinco sentidos, si es que los tiene cabales.

## AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO. (1)

(Continuacion.)

¡Cataplun!

La carta hizo el efecto de un rayo.

Joaquin se cogió la cabeza con las manos y empezó á darse golpes dudando si soñaba.

El habia entregado un niño, en esta dulce confianza vivia al ménos, y la nodriza le hablaba de una niña.

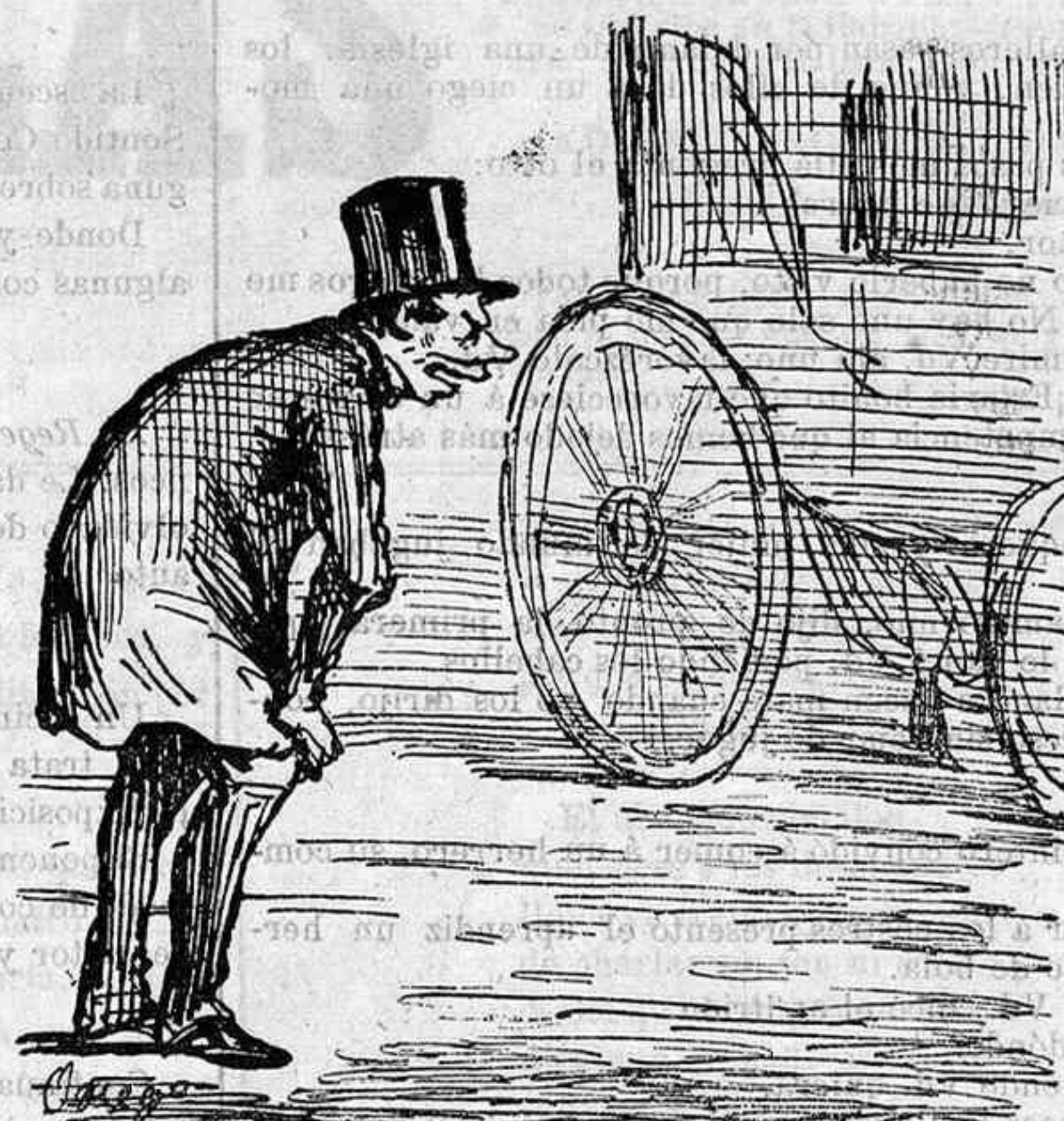
—¡Ah, padre desgraciado! exclamaba Joaquin dando paseos por la habitacion. Ya no hay nada seguro en el mundo. Los niños se vuelven niñas; los hombres, mujeres. Los sexos han perdido los estribos. A este paso, ¿á dónde iremos á parar? Pero tengamos calma, mucha calma, que la situacion es de lo más sublime que se conoce en el género de las transformaciones. Vamos á ver. Yo soy yo, esto es, el padre, pero antes de ser padre yo no era padre; es decir, que de un hombre que no era padre, andando el tiempo resultó un padre: en lo cual hay tambien una gran transformacion, pero que se ve todos los dias; esto se llama verosimilitud. ¡Cabales! Pero yo que soy padre, ¿podré ser madre? No: esto se llama inverosimilitud. En este caso está mi hija: si es

(1) Véase desde el número 44.

¡EL MOMENTO CRÍTICO!



Se despide de su mujer, la cual entra en la berlina de la diligencia, donde va un joven.



Pasar á tiempo.



¡Por un segundo!



¡Obra de un instante!

—Eso me tranquiliza. Eso vuelve la calma á mi pecho... ¡Tranquilízate, padre desventurado! Ahora almorcemos. Pero no; ¡imposible tranquilizar mi espíritu! A mi hijo le ha pasado algo en el camino... no hay duda, la naturaleza guarda muchos misterios... quién sabe si la electricidad ó el vapor en ciertos momentos dados, tienen fuerza sobre el desarrollo de los seres aun tiernos... En fin, si no es esto, me han cambiado á mi hijo en el tren, ó me lo han llevado á otro punto como si fuera una cesta de fresa. Pero ¿está Vd. segura de que era varón?

—Si no te fías de mí, preguntale á Elisa: una madre no se deja engañar fácilmente.

—No, no digamos de esto ni una palabra á Elisa; conozco su carácter y su debilidad: el susto la estropearía. Lo mejor es que yo vaya á Ocaña; esta noche saldré en el tren y mañana estaré de vuelta. Quiero convencerme por mis ojos de la estupidez de la nodriza ó de la mala ortografía del autor de esta carta. ¡Cuántas desazones puede acarrear el no haber estudiado gramática! Tampoco Vd. sabe gramática, querida suegra, y está sujeta á errores...

—Para conocer á un niño no se necesita gramática.

—Eso se le figura á Vd., y así se exponen á confundir el género masculino con el femenino, como la estúpida nodriza.

III.

Lluevia de una manera consoladora.  
 Da gusto ver caer el agua á torrentes sobre las calles de Madrid cuando uno las cruza á pié y sin paraguas.  
 Joaquin llevaba el saco de noche debajo del brazo, y se dirigía en busca de un coche.  
 —¿Dónde habrá un coche? Allí veo uno. ¡Eh, coche-ro, pára!  
 —Va ocupado, señorito, dijo el cochero.  
 —El diablo se lleve á ti y al que va dentro... El caso es que me he puesto como una sopa por salir al medio de la calle.  
 —Me alegro, dijo una cabeza de mujer asomando por la portezuela del coche, y escondiéndose en seguida.  
 —¡Hola! Y es guapa... ¡Salud, prenda!  
 Joaquin volvió á quedarse solo con el saco de noche debajo del brazo.  
 —Daria una peseta por un paraguas; pero ni paraguas ni coche hay por aquí. Lo mejor es encaminarme á la estacion, no sea que pierda la hora de salida del tren. Pues señor, bien, caiga agua.

*Tambor, tu claro redoblar  
 suene ya...*

¡Calle! Aquí va uno con paraguas en la misma dirección. Voy á entablar conversacion con él, y así podré

defenderme del agua.—Caballero, Vd. perdone, pero el deseo de aclarar una duda...

Y diciendo esto se puso debajo del paraguas siguiendo al paso del otro.

—¡Una duda! ¿sobre qué? contestó el del paraguas.

—Yo debo conocer á Vd... me lo dice el corazon, y cuando mi corazon me dice una cosa, ó es una verdad como un templo ó una barbaridad mayúscula. Y si no, veamos.

—Explíquese Vd.

—¿Vd. es casado, no es verdad?

—Jamás, solterito, y á mucha honra.

—No digo lo contrario. Con que es Vd. soltero... Se le conoce á Vd. en lo ágil y en lo acicalado. ¡Ay, cómo le envidio á Vd!

—¿No es Vd. soltero?

—Lo fui. Hoy soy padre. ¡Y Vd. no ha sido nunca padre?

—Suponiendo que lo haya sido, ¿á Vd. qué le importa?

—Nada, pero como me intereso por la suerte de usted... Qué bonita corbata lleva Vd... Ahora están en moda los colores vivos... ¿La ha comprado Vd. en casa de Plantey? Me parece haberla visto en el escaparate...

—Acabemos, caballero.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

